

## INTRODUCCIÓN

En alguna ocasión Jorge Luis Borges planteó que el oficio de lector requiere más valor civil que el desempeño del escritor. Quería destacar al altruismo como la virtud que identifica al solitario que se entrega a una narración que no es suya. El lector da vida a un objeto que yace, a veces por largos períodos, en rincones olvidados de anaqueles públicos o privados. A través de su entrega al texto lo llena de significados que posiblemente no posea, le otorga esplendores que su autor no imaginó, lo nutre de valores que no tiene y le insufla con su espíritu un viento fresco que hace aletear de gozo sus páginas dormidas. Da mucho más de lo que recibe. Pero, a veces, en esos textos yertos se encuentran hálitos vitales y prodigios de la mente que estremecen el alma del lector más desapacible. Hacen reír, llorar, producen congoja o ira, desatan las pasiones humanas y ponen en movimiento a quienes se han acercado a ellos con la idea de pasar el rato a falta de algo mejor. Resultan atrapados por ese objeto inerte y ya no existe ningún poder que los aleje del extraño encantamiento en el que se encuentran inmersos.

Esta peculiar experiencia nos ha sucedido con las narraciones de un grupo de niños y niñas de Aguablanca, que oscilan entre 7 y 10 años de edad, y que las produjeron como ejercicios escolares y no con la pretensión del escritor que aspira a ser editado. Para ellos construir un relato escrito significaba una experiencia novedosa y requería un esfuerzo mayor. Su anhelo no estribaba en la necesidad de quien desea ser leído sino en sentir el orgullo de ser capaces de expresar, en forma comprensible e incluso poética, su pensamiento y sus experiencias.

Deberá saberse que el llamado Distrito de Aguablanca es un conglomerado de la periferia de la ciudad de Cali, conformado por decenas de barrios, y poblado por millares de familias de los sectores más pobres de la sociedad colombiana. La historia de esta ciudad es similar a la de las vastas zonas urbanas marginales de Latinoamérica, producto de flujos migratorios ocasionados por innumerables crisis económicas y sociales, que llenan de cinturones de miseria a poblados antes más organizados y apacibles. Campesinos desarraigados por la violencia, o por la pobreza, o por necesidades electorales de los caciques políticos, o por la simple expectativa de mayores oportunidades, se hacían en terrenos malsanos, habitando en cambuches contruidos con material de desecho, sin acceso a servicios públicos esenciales y transitando por calles polvorientas en los veranos que se convierten en lodazales cuando llega la época de las lluvias. Allí viven personajes similares a los «Hijos de Sánchez» de Ciudad de Méjico o a los «garotos da rúa» de las favelas cariocas.

Pese a que el buen texto debe defenderse por sí solo, en ocasiones su contexto brinda claves al lector o lo lleva a sentir un aprecio adicional por la narración, sabiéndola fruto de un esfuerzo poco usual. Como sucede cuando nos enteramos que Homero era ciego y que Beethoven escribió sus últimas sinfonías silenciado por la sordera. Algo así acontece con los relatos de los niños de Aguablanca. Estos cuentos no necesitan de indulgencias especiales. Son cautivantes. Pero revisten tanta importancia, más allá de lo literario, precisamente por una condición ajena al texto: fueron imaginados y realizados en un ambiente adverso a la cultura letrada. Han surgido de donde no se creía, contrariando la expectativa general y la experiencia literaria.

El lector de estas ficciones insólitas encontrará en ellas todo lo que es posible hallar en la buena literatura: corrección gramatical, desarrollo completo de la historia, manejo del suspenso, complejidad intelectual, altas dosis de creatividad e imaginación y, por instantes, una prosa que alcanza el vuelo de la poesía.

Hay allí historias de carácter mítico sobre el origen del mundo y en explicación de fenómenos naturales; exaltación de valores sociales como el trabajo, la solidaridad y la preservación de la unidad familiar. Por sus páginas desfilan barcos piratas que navegan en el cielo, seres de otros planetas que nos visitan, animales y objetos dotados de habla y pensamiento, duendes, monstruos y otros sujetos de la fantasía; y también se puede encontrar un Dios humanizado que nos recuerda a los personajes de los antiguos relatos griegos.

A través de estas ficciones accedemos incluso a los anhelos reprimidos de estos niños escritores. Un cuento se cierra cuando el personaje principal encuentra donde trabajar, en un final que el autor considera feliz. En otro relato el autor se imagina al Paraíso como una casa donde hay comida. Y, en una de las narraciones más extensas, el final feliz consiste en que la madre del escritor se casa y él adquiere un padre (las familias en las que una mujer es cabeza de hogar, resultan característica saliente de Aguablanca).

Jurani, una niña de quinto grado, se imagina un cielo de barro que personas enloquecidas pueden romper a pedradas permitiendo que un monstruo destructor de hombres se cuele por los rotos y cause grandes estragos. Aquí hay creatividad, juicios de valor y sentido de la justicia. Las acciones irreflexivas son malas, causan daño a todos y son castigadas con severidad. Al final sólo se salva un shamán y el cielo es reparado por las golondrinas. El bien está del lado de personajes espirituales y de animales mansos, que son los únicos capaces de sobreponerse y reparar el deterioro producido por otros. En medio de esta compleja narración, Jurani introduce una explicación del surgimiento de la noche, pues en el mundo de su relato tan sólo existe, como medida del tiempo, un día

eterno. La labor de las golondrinas, en su arreglo del cielo, trae consigo la aparición de la noche. Desde entonces los seres humanos pueden descansar.

La destreza narrativa de Jurani se aprecia desde el primero hasta el último párrafo. Ella comienza así: «Antiguamente no había noche, sólo había día...»,<sup>1</sup> entregando un dato al lector que lo lleva a pensar en un mundo primigenio, en los comienzos de las cosas. Ese mundo es imperfecto, está aún en proceso de elaboración o, lo que luego podrá pensarse, esa imperfección (ausencia de noche) se debe a los daños que los hombres han causado en la bóveda celeste, daños que serán mayores en el curso del relato. La imagen de un universo donde siempre es de día, es decir, en el que la luz y el calor son permanentes, atrapa al lector por lo inesperada al tiempo que lo introduce en un ambiente arduo. Sólo imaginarse esta situación produce fatiga, sensación de ahogo, cansancio.

El cuento tiene un cierre perfecto: «... las golondrinas arreglaron el cielo y desde aquel día ya todas las personas pueden dormir». Un sentimiento de alivio acompaña este final y también una sorpresa: no sabíamos que era imposible dormir. El mundo imperfecto de Jurani era aún más terrible de lo imaginado, o sugerido con sabiduría desde el primer párrafo. No era difícil enloquecerse en un mundo así y hacerse acreedor a castigos drásticos por actuar con desesperación. Por eso el final del cuento completa el círculo de la narración y termina en punta, resolviendo con maestría los problemas planteados. Jurani logra lo que pocos cuentistas profesionales pueden hacer bien, aunque dominen las reglas de este género literario.

Tenemos derecho a preguntarnos: ¿acaso este mundo sin noche de Jurani no es, al mismo tiempo, una metáfora de Aguablanca? Allí las condiciones de vida conducen a la gente a actuar con desesperación y, con frecuencia, reciben la visita poco grata de los piquetes de policía, sufren las redadas nocturnas y sus habitantes son estigmatizados en conjunto como delincuentes y personas de poco fiar. La gente de Aguablanca no puede dormir tranquila, pues su vida transcurre en medio de una permanente adversidad. No existe el descanso.

Este es apenas un relato entre varios y aunque sería preferible editar sin comentarios las ficciones de los niños de Aguablanca para que su magia atrape muchos lectores, ellas, además de su poesía, están lanzando otros mensajes al lector. Le dicen que es posible un desarrollo significativo de la lectura en comunidades marginales, pese a que la experiencia pedagógica convencional revele lo contrario.

---

1. Ver Anexos, pág. 99.

Dyson (1992: 457)\* plantea en forma precisa este dilema, esta interacción entre el mundo externo y el proceso de afirmación de la conciencia del niño, que se refleja en su expresión narrativa: «Los educadores luchan por potenciar a los niños enseñándoles de cierta manera y con determinadas palabras y lenguaje, pero frecuentemente ignoran los recursos que los niños traen consigo, las luchas que ellos dan para hacer uso de las palabras de otros...».

Los relatos referidos poseen ese tipo de fuerza, y muestran con tal claridad la profundidad y complejidad del pensamiento de estos niños y la riqueza de su lenguaje, que sugieren la posibilidad de servirse de ellos para proponer modificaciones pedagógicas que contribuyan a mejorar su desempeño y sus logros educativos. ¿Cómo?

Sabemos que estas narraciones no son espontáneas, que ellas son producto de una aproximación diferente de un grupo de docentes en la enseñanza de la lectura, y que esa forma de conducir el aprendizaje produce resultados sorprendentes. Creemos, además, que si bien se refieren de manera directa al área del lenguaje, pueden hacerse extensivos a otros campos, al comprender mejor el estrecho nexo que existe entre éste y la construcción del conocimiento. En una entrevista realizada con Lotti, una de las profesoras que participaron del trabajo de campo, se obtuvieron respuestas que refrendan esta idea:

Pregunta: *¿Tú has sentido que el haber hecho este trabajo con ellos y haberles permitido expresarse en el papel y escribir lo que sentían, lo que imaginaban, lo que soñaban, influyó en los niños? ¿Has visto algún resultado en el proceso de ellos?*

Respuesta: *El resultado es que ahora profundizan más en un cuento.*

P: *O sea que los logros se empezaron a ver...*

R: *Sí se empezaron a ver.*

P: *¿Tú crees que este trabajo influyó en el desarrollo de ellos?*

R: *Sí, porque los niños a veces tienen unas limitaciones para responderle a uno tal cual y como está en el cuaderno. En cambio, cuando ellos se imaginan algo, ya no va a ser como uno se los ha dictado, sino que juegan su imaginación, su interpretación, y eso es un logro.<sup>2</sup>*

Lo que nos revelan estos relatos es que el nivel del pensamiento de los niños de Aguablanca les permite abordar y resolver los problemas más complejos. Sin embargo los datos disponibles nos muestran que los estudiantes de este sector

---

\* Nota: Todas las referencias de los textos editados en inglés son traducción de los autores de este libro.

2. Anexos, pág. 231.

social tienen un desempeño escolar bastante menor al promedio nacional y al de niños en condiciones socioeconómicas más favorables, en varias áreas, lenguaje incluido. La información se obtuvo en una evaluación realizada por el Instituto SER de Investigaciones (1991), en nueve escuelas, con una muestra de 209 niños del Distrito de Aguablanca, incorporando un amplio análisis de variables referidas a características de: 1) los planteles, 2) los docentes, 3) las familias, 4) la infraestructura en el hogar y, 5) actitudes y actividades de los niños. Este trabajo, que fue complementado con pruebas estandarizadas de lectura, escritura y matemáticas, arrojó los siguientes resultados con respecto a lenguaje: el puntaje promedio obtenido fue de 14.1 en un rango de 0 a 29 puntos, en tanto que el promedio nacional registró 17.7.

Si ello es así, ¿no se deberá entonces a deficiencias en nuestro sistema de enseñanza, antes que a consideraciones supuestamente científicas sobre el escaso desarrollo mental de los niños criados en ambientes desfavorables? ¿No se tratará más bien de que políticas educativas generalizadas, en sociedades con grandes desigualdades sociales en las oportunidades de aprendizaje, revelan rápidamente su ineficiencia? Tal como lo plantean Lopera & McGuinn (1992) la idea sería hacer de la escuela un espacio que garantice opciones de aprendizaje diferencial que dé más oportunidad a quienes por razones sociales o familiares no las tienen, así como evitar que las escuelas en los sectores deprimidos económicamente se conviertan en un ámbito tan sólo de socialización, en el que los logros académicos pasan a un segundo lugar, acentuando de esta manera las desventajas del entorno.

Jurani y sus compañeritos nos están diciendo a voces, en sus ficciones, que nada está mal en su pensamiento, que ellos pueden rendir a niveles satisfactorios y que los maestros deben hacer, si no más esfuerzos, al menos esfuerzos en otra dirección para que los niños en condiciones de marginalidad tengan una oportunidad. Que, como en el cuento de Jurani, también les llegue la posibilidad del descanso. Ese es problema que se tratará de resolver con este trabajo.